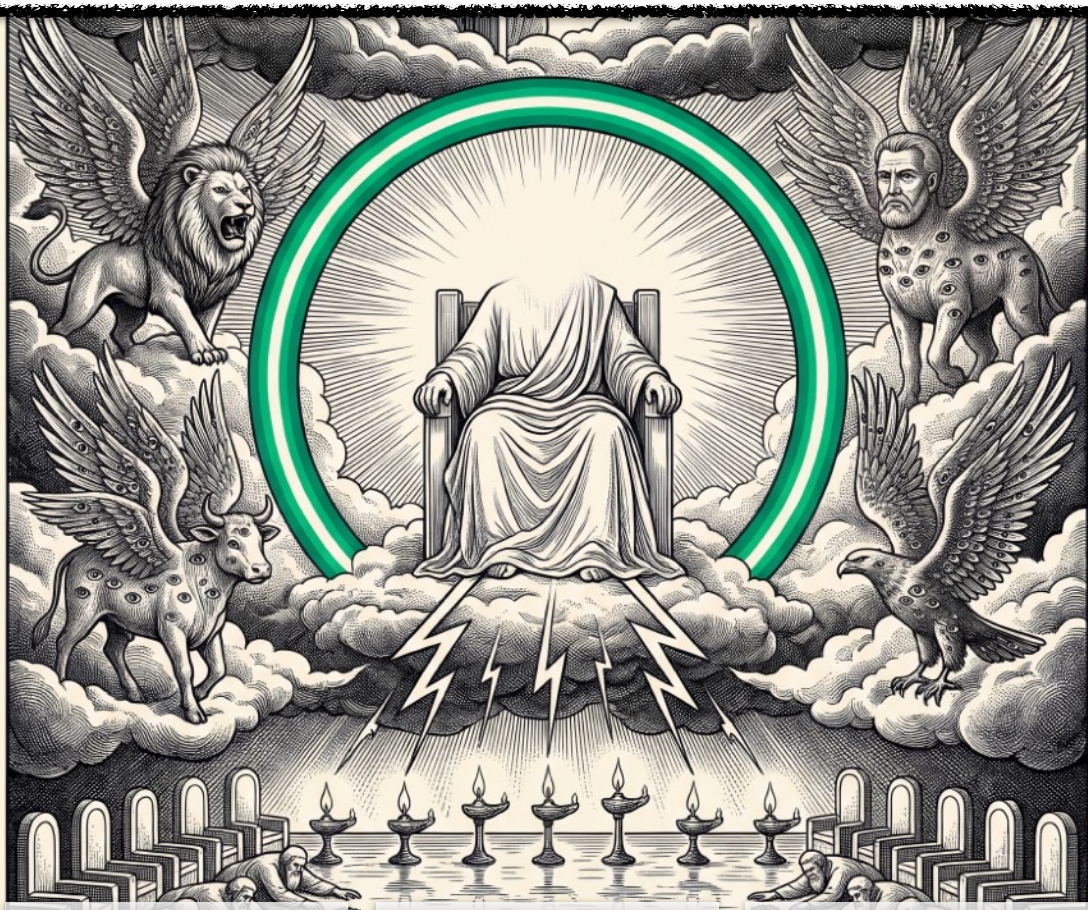
EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

22 de Noviembre de 2026 N° 49



El Cordero tomó el libro
John Garcia
(p.2)

La Educación Apropiada
E. G. White
(p. 14)

Nada de qué gloriarse
F. F. Bastidas
-(p.20)

El Cordero toma el libro

Apocalipsis 4 y 5

Por: John García

La lectura bíblica la encontramos en el libro de Apocalipsis, capítulo 5, versículo 13, y dice así: «Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar, y todas las cosas que en ellos están, diciendo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás» (Apocalipsis 5:13).

El tema de hoy se titula: El Cordero victorioso viene a tomar el libro. Como hemos estado estudiando, nos toca estudiar hoy los capítulos 4 y 5 del Apocalipsis, la segunda visión después de la visión de las siete iglesias. En Apocalipsis 1:10, Juan nos dice que se encuentra en el Espíritu en un día sábado; esta visión ocurre en la isla de Patmos, donde estaba por el evangelio y el testimonio de Jesús. Y en esa visión se le aparece Jesús en medio de siete candeleros de oro, que en el mismo versículo 20 se explica que son las siete iglesias. Todo lo que abarcan los capítulos 1, 2 y 3 ocurre en la tierra, donde están las siete iglesias.

De la tierra al trono en el cielo

Termina la visión de las iglesias con Laodicea, y en el **capítulo 4, versículo 1,** se introduce otra visión: «Después de estas cosas miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo: y la primera voz que oí, era como de trompeta que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que han de ser después de estas» (Apocalipsis 4:1). Juan ve una puerta abierta en el cielo y oye que le dicen: «Sube acá». Él está en la tierra, y sube al cielo para que se le muestre lo que ocurrirá allí.

Así que noten que esta visión de los capítulos 4 y 5 ocurre en el cielo. En el cielo está un santuario del cual Dios le



dijo a Moisés que hiciera una copia, con dos departamentos: el lugar santo y el santísimo. ¿En qué parte ocurre esta visión? Vamos al **versículo 2:** «Y luego yo fui en Espíritu: y he aquí, un trono que estaba puesto en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado» (Apocalipsis 4:2).

Contrario a la idea panteísta que hay en muchas denominaciones y en muchas mentes, aquí dice que estaba uno sentado, hablando de Dios el Padre: el Padre tiene cuerpo y forma. Esto se parece mucho a la visión de Daniel 7, donde también ve al Anciano sentado.

Este es el trono del universo. Esto nos recuerda lo que Jesús le dijo a Pilato cuando Pilato quería vanagloriarse de su poder diciéndole: «Tengo poder para soltarte». Entonces Jesús le dice: «Ningún



poder tuvieses si no te hubiese dado». Es decir, hay un poder superior. El mismo diablo, cuando tentó a Jesús y le ofreció los reinos del mundo, lo reconoce porque dice: «Todo esto me es dado». No le pertenece, se le dio. ¿Por qué? Porque Satanás lo que hizo fue usurpar el poder de Adán. Pero realmente sobre Adán estaba Dios, que fue el que le dio el poder sobre la tierra a Adán. Entonces aquí lo vemos cuando dice «un trono en el cielo» y el Padre sentado: es el Padre como el Rey del universo.

Ahora, ¿qué dice **el versículo 3**? Juan trata de describir la escena que ve: «Y el que estaba sentado, era al parecer semejante a una piedra de jaspe y de sardio: y un arco celeste había alrededor del trono, semejante en el aspecto a la esmeralda» (Apocalipsis 4:3). La piedra de jaspe, según Apocalipsis 21:11, es resplandeciente como cristal; la de sardio o cornalina tiene un color rojizo; y la esmeralda es verde. Lo que se muestra aquí es la gloria deslumbrante de Dios el Padre: Juan no ve el rostro de Dios, sino a alguien sentado en toda esa gloria.

Pero además de esta gloria que se semeja a esas piedras, dice que hay un arco celeste. ¿Qué nos evoca, qué nos recuerda ese arco celeste? El pacto del diluvio, el pacto que hizo Dios con Noé y con todos los hijos de Noé —que somos nosotros— en relación a que no volvería a destruir más la tierra por medio de agua, de modo que cuando viniese la lluvia no se angustiase el ser humano pensando que volvería a haber un diluvio. Entonces ese arcoíris, que aquí tiene un aspecto verde, de

esmeralda, es una señal de ese pacto de misericordia que Dios ha hecho con la humanidad. En medio de la gloria y en el trono se ven dos cosas: la justicia y la misericordia que se encuentran aquí.

Alrededor del trono, en el lugar santo

Después de hablarnos del Padre, Juan nos dice en **el versículo 4** qué estaba alrededor del trono: «Y alrededor del trono había veinticuatro sillas: y vi sobre las sillas veinticuatro ancianos sentados, vestidos de ropas blancas; y tenían sobre sus cabezas coronas de oro» (Apocalipsis 4:4). Unas versiones dicen veinticuatro sillas y otras versiones dicen veinticuatro tronos. Las sillas o los tronos simbolizan reino y juicio. Están allí reunidos como la corte: si Dios es el Rey, estos son los gobernantes que gobiernan junto con Dios. Son veinticuatro ancianos con coronas de oro —gobierno, reino— y vestidos de ropas blancas, que representan la pureza.



Pasamos **al versículo 5**: «Y del trono salían relámpagos y truenos y voces: y siete lámparas de fuego estaban ardiendo delante del trono, las cuales son los siete Espíritus de Dios» (Apocalipsis 4:5). Aquí tenemos la clave para ubicarnos en la topografía del santuario celestial y saber en qué lugar estamos ubicados. Dice que son siete lámparas de fuego delante del trono. En el santuario, que es copia del cielo, ¿dónde están ubicadas las siete lámparas de fuego? En el lugar santo. Acuérdense de que hay dos departamentos, y en el lugar santo hay tres cosas: la mesa de los panes, el candelabro de siete brazos y el incensario —mientras que el lavacro y el altar de los holocaustos están en el atrio—. Si delante del trono arden las siete lámparas de fuego, esta reunión está ocurriendo en el lugar santo.

El mismo Juan dice qué significan esas lámparas: son los siete Espíritus de Dios. Ya hemos estudiado que el Espíritu de Dios es uno —Efesios lo dice: un Espíritu—. ¿Por qué Apocalipsis dice siete? Es una descripción simbólica: el siete significa perfección, plenitud, enfatizando la plenitud del Espíritu de Dios.

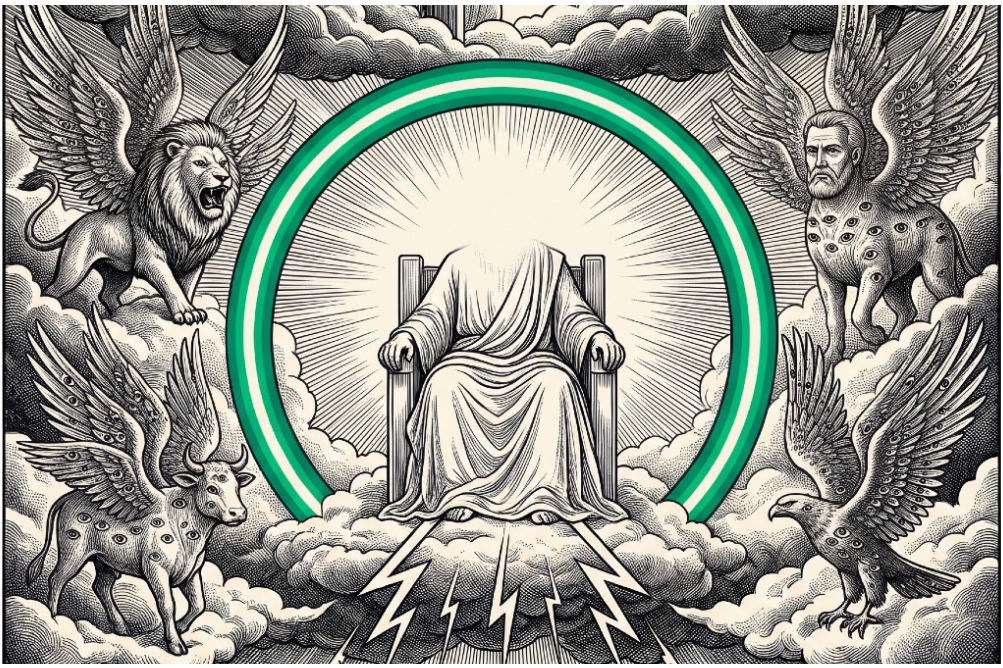
Los cuatro seres vivientes y la adoración al Creador

En **los versículos 6 y 7** nos habla ahora de los otros seres que están

alrededor del trono: «Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y en medio del trono, y alrededor del trono, cuatro animales llenos de ojos delante y detrás. Y el primer animal era semejante a un león; y el segundo animal, semejante a un becerro; y el tercer animal tenía la cara como de hombre; y el cuarto animal, semejante a un águila volando» (Apocalipsis 4:6-7).

Imagínense cuatro seres vivientes que tienen ojos por todas partes del cuerpo, delante y detrás. ¿Qué significan los ojos por todos lados? Que lo ven todo. Cuando nosotros comparamos esto con Ezequiel 1 y Ezequiel 10 para los querubines, y con Isaías 6:2-3 para los serafines, nos vamos a dar cuenta de que son querubines y serafines, y que son los ángeles de mayor rango que están justamente en la inmediata presencia de Dios. Acuérdense de que Lucifer era uno de los querubines; en Ezequiel 28 se le dice: «Tú, querubín grande, cubridor». Él era un querubín, es decir, él era uno de estos cuatro seres vivientes.

Y ahora van a describir en el versículo 7 el aspecto que tienen. Estos son símbolos, no es que literalmente los querubines sean animales; son semejantes, tienen esa apariencia en la visión que ve Juan, porque están enfatizando cuatro aspectos de la obra de los querubines. Uno de sus aspectos es con cara de hombre, porque cuando vienen a la tierra toman apariencia humana. Como águila volando siempre en la Biblia simboliza la rapidez, así como cuando habla de las bestias en Daniel 7 y se dice que tenían alas de águila para representar la rapidez con la que ese



imperio conquistó; como águila, los ángeles son como rayos, son veloces. El becerro simboliza el servicio, porque así dice Pablo en Hebreos 1:14: que los ángeles son enviados en servicio de los que serán herederos de salvación. Y el león simboliza la realeza —todavía en el ideario popular se le llama al león el rey de la selva—; está hablando de que los querubines son gobernantes porque son como reyes. Así son los querubines, los seres vivientes.

En el versículo 8 dice: «Y los cuatro animales tenían cada uno por sí seis alas alrededor, y de dentro estaban llenos de ojos; y no tenían reposo día ni noche, diciendo: Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir» (Apocalipsis 4:8). Tenían seis alas alrededor, lo que confirma que son serafines. Noten que esta expresión es otra cosa que es bueno aclarar, porque a veces la gente toma expresiones y las interpreta humanamente o las interpreta babilónicamente. ¿Por qué digo babilónicamente? Porque algunos han tomado cuando dice «santo, santo, santo» y dicen: aquí tenemos la prueba de la Trinidad, porque son tres santos. Pero eso es violentar automáticamente el versículo, porque el texto es claro en que esto se lo están diciendo al que está sentado en el trono. Y el que está sentado en el trono es una persona. Simplemente es una repetición que hacen los serafines en alabanza y adoración ante el Padre.

Me llama la atención que «no tenían reposo día ni noche», expresión muy parecida a Apocalipsis 14:11 sobre los que adoran a la bestia y a su imagen, y a Génesis sobre que el pensamiento de los hombres era de continuo solamente el mal. Habla de un carácter ya sellado: en Apocalipsis 14 están sellados los impíos en su rebeldía, y aquí los serafines están sellados en su adoración a Dios.

Pasando a lo siguiente, leemos en **los versículos 9 al 11:** «Y cuando aquellos animales daban gloria y honra y alabanza al que estaba sentado en el trono, al que vive para siempre jamás, los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive para siempre jamás, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud: porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron criadas» (Apocalipsis 4:9-11).

Cuando aquellos animales —o bueno, aquellos seres vivientes— daban gloria, honra y alabanza al que estaba sentado en el trono, los veinticuatro ancianos se unen en esa adoración: se postran, adoran al que vive para siempre jamás y echan sus coronas delante del trono, significando: esto que tenemos es tuyo, este reino te pertenece, lo hemos recibido de ti. Y fíjense qué importante lo que dicen a continuación: «porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron criadas». ¿Cómo creó el Padre todas las cosas? Por su voluntad. Porque sabemos, y ellos también saben, y la Biblia lo dice, que todo lo creó el Padre por medio de su Hijo; pero la voluntad era la del Padre, y por eso los veinticuatro ancianos

enfatizan: «por tu voluntad tienen ser».

Hasta aquí solo ha hablado del Padre, de los que están alrededor del trono y de la adoración. Pero el Hijo no aparece: aquí no está presente.

El libro sellado con siete sellos

Vamos ahora **al capítulo 5, versículos 1 y 2**, donde nos muestra lo que tiene el que está sentado en el trono en la mano derecha: «Y vi en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito de dentro y de fuera, sellado con siete sellos. Y vi un fuerte ángel predicando en alta voz: ¿Quién es digno de abrir el libro, y de desatar sus sellos?» (Apocalipsis 5:1-2).



Esto es importante porque lo tiene el Padre en su mano derecha, y un ángel poderoso pregunta quién puede tomar el libro y abrirlo. Es un libro muy importante, y tan importante es que no cualquiera puede leerlo o mirarlo. ¿Cuál es la importancia de este libro? ¿Por qué preguntan quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Porque de esto depende la salvación de la humanidad. ¿Qué contiene este libro? Aquí en la visión no se explica, no se dice. Pero hay una cita del espíritu de profecía, en el libro *Palabras de vida del gran Maestro*, que trata de explicarnos qué es lo que tiene el libro.

Recordemos cuando el pueblo judío y sus líderes escogieron a Barrabás; y cuando Pilato les preguntó: «¿A vuestro rey he de crucificar?», ellos dijeron: «No tenemos rey sino a César». Cuando sucedió eso, cuando tomaron esa decisión, Pilato se lava las manos y dice que él vio que Jesús era justo. Leemos la cita: «Cuando Pilato se lavó las manos diciendo: “Inocente soy yo de la sangre de este justo”, los sacerdotes se unieron con la turba ignorante en su exclamación apasionada: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”. Así hicieron su elección los dirigentes judíos. Su decisión fue registrada en el libro que Juan vio en la mano de Aquel que se sienta en el trono, el libro que ningún hombre podía abrir. Con todo su rencor vengativo aparecerá esta decisión delante de ellos el día en que este libro sea abierto por el León de la tribu de Judá» (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 235-236).

Esta cita nos abre la ventana para entender qué está dentro del libro: con certeza, la decisión de los dirigentes judíos de rechazar a Cristo y tomar a Barrabás y a César. Y tiene que ver con el juicio, porque esa decisión aparecerá delante de ellos el día en que este libro sea abierto.

¿Y cuándo va a ser abierto el libro? El libro está sellado con siete sellos. No es que se rompe un sello y se puede ver una parte del libro; el libro está sellado con siete sellos, y para que se pueda leer hay que romper los siete sellos, así que solo se puede leer después que terminen de romperse los siete sellos. Y aquí está diciendo que eso sucederá —lo hará obviamente el León de la tribu de Judá — delante de ellos, de los dirigentes judíos. Pero ellos están muertos ahorita. ¿Cuándo aparecerán delante de Cristo y del Padre todos los impíos a dar cuenta en el juicio final? Al término de los mil años. No es en la segunda venida, porque en la segunda venida no habrá resurrección de impíos; en la segunda venida el único propósito es buscar a su pueblo.

Es cierto que en la segunda venida lo verán algunos impíos, no todos: textualmente la Biblia dice en Apocalipsis los que lo traspasaron — que son los soldados— y los que tuvieron que ver con su condena. Textualmente Jesús le dijo a Caifás, cuando lo están enjuiciando ante el sanedrín allí en la noche, en la madrugada, ocultamente, y le preguntan si él es el Hijo de Dios y lo conjuran; entonces él responde: «Tú lo has dicho: y aun os digo, que desde ahora habéis de ver al Hijo de los hombres sentado a la diestra de la potencia de Dios, y que viene en las nubes del cielo» (Mateo 26:63-64). Se refiere a que ellos tienen que resucitar para verlo venir. Así que sí habrá algunos impíos en esa resurrección especial, pero no todos.

Por eso esto se refiere a ese momento después de los mil años, cuando están reunidos todos los impíos, cuando estarán delante de Dios todas las naciones: Apocalipsis 20 lo dice, se reunirán todas las naciones y ahí aparecerá. Según esta cita, allí es cuando se va a abrir el libro de los siete sellos; es decir, que los siete sellos abarcarán hasta justo después de los mil años. Hay una visión en *El conflicto de los siglos* que describe lo que ocurrirá al final de los mil años, como una panorámica donde cada quien ve el recorrer de su vida: cuánto Dios insistió en rescatarlo, dónde se apartó, y toda la evidencia de por qué recibirá el destino final del lago de fuego.

¿Qué ocurre cuando preguntan quién es digno? Leemos **los versículos 3 y 4**: «Y ninguno podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni mirarlo. Y yo lloraba mucho, porque no había sido hallado ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo» (Apocalipsis 5:3-4). No solamente está hablando de que los seres humanos no pueden abrir el libro; también dice que ni en el cielo ni en la tierra había nadie. Ni los ángeles, ni siquiera los veinticuatro ancianos, ni los cuatro querubines o serafines, ninguno de ellos podía abrir el libro ni siquiera mirarlo. Y Juan en esa visión lloraba mucho. Él no lo explica tampoco, pero sabía que de poder abrir el libro dependía la

salvación: como si dijera, si nadie lo puede abrir, estamos perdidos.

El León de la tribu de Judá y el Cordero inmolado

Pero entonces aparece **el versículo 5**: «Y uno de los ancianos me dice: No llores: he aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos» (Apocalipsis 5:5).

En la respuesta de uno de los ancianos encontramos tres cosas que capacitan a Cristo para abrir el libro: número uno, es el León de la tribu de Judá; número dos, es la raíz de David; y número tres, ha vencido. Ese es el mensaje del evangelio, el mensaje de su justicia. Porque cuando habla del León de la tribu de Judá está



hablando de su divinidad: el Hijo de Dios que nace de Judá, como dice la Escritura: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su hombro: y llamaráse su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz». Enfatiza allí su divinidad.

Pero ese León es de la raíz de David. Esta expresión aparece en los escritos del apóstol Pablo, por ejemplo en Romanos 1:3, cuando dice que es de la simiente de David según la carne. Tiene la herencia de David, la herencia de aquel que escribió en Salmos 51:5: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». Él trae esa raíz, esa simiente de David, pero venció: venció el pecado y venció la muerte, porque además de entregar su vida en la muerte, resucitó. Justamente como ha vencido, ahora él viene a abrir el libro; él es el único digno. Lo que lo hace digno es su divinidad unida a su carne de pecado que venció, que muere y que resucita: «El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación» (Romanos 4:25). Y la justificación tiene que ver con tomar este libro.

Esta aparente dualidad de Cristo —es un león, pero a la vez es un cordero— tiene que ver con su divinidad y su humanidad, pero también con su carácter. ¿Cuál es el carácter de un león? Feroz, dominante, imponente. Yo nunca había tenido la oportunidad de ver un león directamente hasta que una vez fui a un zoológico, creo que en Curazao, y allí tenían un león viejo. Enfatizo lo viejo, porque con todo y que estaba viejo, detrás de barrotes,

todo cerrado y a buena distancia, lanzó un rugido que yo sentí aquí en la caja torácica, y me vibraba el estómago. Yo sabía que estaba viejo y tras barrotes, y sin embargo me dio miedo. ¡Imagínense un león en plena fortaleza de su juventud, libre, que dé un rugido así! Por eso lo llaman el rey de la selva, por lo impresionante. Pero ese León es Cordero: lo que nos está diciendo es que Jesucristo es un león para sus enemigos, protegiendo a su pueblo, y un cordero para su pueblo. Como cordero murió por nosotros, y hay infinidad de historias bíblicas donde nos muestran cómo trató el Cordero de Dios a los enemigos de su pueblo: fue como un león protector de su pueblo.

Veamos un aspecto más en **el versículo 6**: «Y miré; y he aquí en medio del trono y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados en toda la tierra» (Apocalipsis 5:6).

Cuando Juan escucha que venció el León de la tribu de Judá y se vuelve a mirar, ¿qué fue lo que vio? Un Cordero como inmolado. Inmolado significa degollado, sacrificado, muerto. Se entiende que la victoria del Cordero es justamente su muerte, y que en virtud de su muerte es que él puede proteger a su pueblo y ser un león.

Ahora, ese Cordero que está inmolado tenía siete cuernos y siete ojos. En la profecía, los cuernos son poder, reino, poder político, poder real. Yo pensaba en esto cuando leía este pasaje: ¿cómo aparece la segunda bestia, la que sube de la tierra en Apocalipsis 13:11? Tiene dos cuernos como de cordero, y hemos entendido que son la libertad religiosa y la libertad civil, republicanismo y protestantismo. Pero ¿cuántos cuernos tiene el Cordero? Siete. De todos los gobiernos del mundo, cuando surgió, el que se parecía más al modelo de lo que Dios quiere era Estados Unidos; pero con todo y eso solo eran dos de siete, solo logró establecer dos de los siete principios de gobierno del Cordero, porque los cuernos de Cristo son siete: plenitud de gobierno cuando Cristo reine.

Otra cosa son los siete ojos. Miren esto interesante, porque es otro golpe a la doctrina trinitaria. No solamente dice que son los siete Espíritus de



Dios, sino que dice que son los siete Espíritus de Dios enviados en toda la tierra. ¿Qué hace uno con el ojo? Mirar, vigilar, ver. Los siete Espíritus de Dios que van a rodear toda la tierra son los siete ojos del Cordero, es decir, son la omnipresencia y la omnisapiencia de Cristo: es como Cristo ve y sabe todo lo que pasa en la tierra.

¿Qué le dijo Dios a Samuel cuando fue a escoger al rey de Israel? Que no mirara su parecer, porque yo miro lo de adentro. Nosotros con dos ojos solo podemos ver lo de afuera; el Señor tiene siete ojos —plenitud de vista—: puede ver lo de afuera, lo de adentro, lo más recóndito y todo el mundo. Y esos ojos suyos son los siete Espíritus, el Espíritu Santo: esto es Biblia, no especulación. En ningún momento presenta al Espíritu Santo como un tercer ser, sino al Padre sentado en el trono, al Hijo como un Cordero, y al Espíritu como siete lámparas de fuego y como los siete ojos del Cordero.

El cántico nuevo y la adoración universal

Avanzando en los siguientes versículos, **leemos del 7 al 10:** «Y él vino, y tomó el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el trono. Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas, y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos: y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra» (Apocalipsis 5:7-10).

En Apocalipsis 4, cuando se presenta al Padre, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos lo adoran, y la razón de su adoración es la creación. Ahora, en Apocalipsis 5, cuando el Cordero aparece y toma el libro para hacer todo el proceso de abrir los siete sellos, esos mismos seres se postran delante del Cordero y cantan un cántico nuevo —expresión parecida a la de los 144.000—, adorándolo por la redención. Ahí está la dignidad de Cristo que no podía poseer ningún ángel: porque él fue inmolado. Ningún ángel podía tomar el libro porque no eran dignos, porque no dieron su vida y porque su vida no podía pagar la deuda del hombre.



En lo que resta del capítulo vemos ahora una adoración conjunta, **versículos 11 al 14:** «Y miré, y oí voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los animales, y de los ancianos; y la multitud de ellos era millones de millones, que decían en alta voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder y riquezas y sabiduría, y fortaleza y honra y gloria y alabanza. Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar, y todas las cosas que en ellos están, diciendo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás. Y los cuatro animales decían: Amén. Y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros, y adoraron al que vive para siempre jamás» (Apocalipsis 5:11-14).



Es interesante la secuencia: primero adoran los cuatro seres vivientes, luego se unen los veinticuatro ancianos, luego se unen los ángeles —millones de millones, billones o más —, y en el versículo 13 se une toda la creación. Y aquí se ve otro golpe a la falsa doctrina babilónica de la Trinidad: ahora hacen una alabanza que va a todo el universo, porque todos los seres de todo el universo de Dios se unen en adoración. ¿Y a quién adoran? Al que está sentado en el trono y al Cordero: a dos, al Padre y al Hijo. No hay adoración a un tercer ser.

No mientan diciéndonos que nosotros no creemos en el Espíritu Santo. Sí creemos: ahí está el Espíritu Santo como las siete lámparas de fuego y los siete ojos del Cordero. Pero como ser está el que está sentado en el trono y el Cordero, y a ellos dos toda criatura da la bendición, la honra, la gloria y el poder para siempre jamás.

Esta es la adoración a la que debemos unirnos, como exhorta el primer ángel: temed a Dios, dadle gloria y adorad al que hizo el cielo y la tierra. Al Padre, porque por su voluntad existen todas las cosas; al Cordero, porque fue inmolado y nos ha redimido; y a ambos, la gloria por siempre jamás.

Del aposento alto a Pentecostés

Así se introduce esta visión de los sellos: mostrándonos cómo es la adoración en el cielo. Y esta ceremonia ocurre en el lugar santo cuando Jesucristo va al cielo después de haber vencido, muerto y resucitado. Cuando deja a sus discípulos, lo que vemos en Hechos de los Apóstoles es que los discípulos van al aposento alto; en Hechos no se muestra qué ocurre en el cielo, pero

en Apocalipsis sí se muestra qué ocurría en el cielo mientras los discípulos estaban orando en el aposento alto. Y los discípulos, si somos coherentes con el versículo, se unen en el versículo 13, entre toda criatura que estaba en la tierra adorando al Padre y al Hijo.

¿Y saben qué ocurre cuando termina esta alabanza en el cielo? Aunque aquí no lo dice directamente, lo sabemos por otros versículos, para que quede constancia bíblica de que no es solo algo del espíritu de profecía. El mismo apóstol Juan que escribe el Apocalipsis lo interpreta en su Evangelio, en el capítulo 7, versículos 37 al 39: «Mas en el postrer día grande de la fiesta, Jesús se ponía en pie y clamaba, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre. (Y esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él: pues aun no había venido el Espíritu Santo; porque Jesús no estaba aún glorificado.)» (Juan 7:37-39).

Es lo mismo que le dijo a la samaritana. Juan explica que los ríos de agua viva son el Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él, y cuándo vendría el Espíritu Santo: cuando Jesús fuese glorificado. ¿Y cuándo fue glorificado Jesús? En Apocalipsis 5:13. Cuando termina este evento de adoración en el cielo, viene en la tierra el Espíritu Santo, viene el Pentecostés.

Habiéndolo visto ya en la Escritura, leemos la cita de Hechos de los apóstoles, páginas 31-32: «La ascensión de Cristo al cielo fue la señal de que sus seguidores iban a recibir la bendición prometida. Habían de esperarla antes de empezar a hacer su obra. Cuando Cristo entró por los portales celestiales, fue entronizado en medio de la adoración de los ángeles. Tan pronto como esta ceremonia hubo terminado, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales, y Cristo fue de veras glorificado con la misma gloria que había tenido con el Padre desde toda la eternidad. El derramamiento pentecostal era la comunicación del Cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial. De acuerdo con su promesa, había enviado el Espíritu Santo del cielo a sus seguidores como prueba de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo» (Hechos de los apóstoles, pp. 31-32).

Conclusión

Esto es todo lo que implican estos dos capítulos, las grandes verdades que hay en ellos. Nos dejan con esa gran bendición de saber que no estamos a la deriva: tenemos un Padre que reina y tenemos al Hijo, que es nuestro hermano, nuestro Señor, nuestro León y nuestro Cordero que también está glorificado, que ha tomado el libro y está recibiendo el reino. Ahora esperamos ya el desenlace, porque veremos en el estudio siguiente que ya los siete sellos están casi cumplidos, que estamos viviendo en el sexto sello y que pronto entonces el Señor vendrá a buscarnos. Que estas palabras nos ayuden a mantener esa fe presente y a conocer más de la obra que Cristo ha estado haciendo y sigue haciendo por nosotros en el cielo.

ELENA DE WHITE

LA EDUCACIÓN APROPIADA

The Health Reformer, 1 de Septiembre de 1872



Tratar con las mentes juveniles es la obra más delicada jamás asumida por hombres y mujeres. Debe tenerse el mayor cuidado en la educación de la juventud para variar la manera de instrucción de modo que se despierten las facultades elevadas y nobles de la mente. Los padres, y los maestros de las escuelas, están ciertamente incapacitados para educar debidamente a los niños, si no han aprendido primero la lección del dominio propio, la paciencia, la tolerancia, la mansedumbre y el amor. ¡Qué importante puesto el de los padres, tutores y maestros! Son muy pocos los que comprenden las necesidades más esenciales de la mente, y cómo dirigir el intelecto en desarrollo, los pensamientos y sentimientos crecientes de la juventud.

Hay un período para adiestrar a los niños, y un tiempo para educar a los jóvenes. Y es esencial que ambos se combinen en gran medida en las escuelas. Los niños pueden ser adiestrados para el servicio del pecado, o para el servicio de la justicia. La educación temprana de la juventud forma su carácter en esta vida, y en su vida religiosa. Salomón dice: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él». Este lenguaje es positivo. La instrucción que Salomón prescribe es dirigir, educar y desarrollar. A fin de que los padres y los maestros hagan esta obra, deben ellos mismos comprender «el camino en que debe ir el niño». Esto abarca más que el mero tener conocimiento de los libros. Comprende todo lo que es bueno, virtuoso, justo y santo. Abraza la práctica de la templanza, la piedad, el amor fraternal, y el amor a Dios, y unos a otros. A fin de alcanzar este objeto, debe prestarse atención a la educación física, mental, moral y religiosa de los niños.

En los hogares, y en las escuelas, la educación de los niños no debe ser como el adiestramiento de los animales irracionales; porque los niños tienen una voluntad inteligente que debe ser dirigida para controlar todas sus facultades. Los animales irracionales necesitan ser adiestrados; porque no tienen razón ni intelecto. A la mente humana se le debe enseñar el dominio propio. Debe ser educada para regir al ser humano, mientras que el animal es controlado por el amo. La bestia es adiestrada para ser sumisa a su amo. El

amo es mente, juicio y voluntad, para su bestia. Un niño puede ser adiestrado de tal manera que no tenga, como la bestia, voluntad propia. Su individualidad puede aun quedar sumergida en aquel que supervisa su adiestramiento, y la voluntad queda para todos los efectos sujeta a la voluntad del maestro.

Los niños que son educados así serán siempre deficientes en energía moral y en responsabilidad individual. No se les ha enseñado a obrar por la razón y el principio. Su voluntad fue controlada por otro, y la mente no fue estimulada, a fin de que pudiera expandirse y fortalecerse por el ejercicio. No fueron dirigidos ni disciplinados con respecto a su peculiar constitución y capacidades mentales, para poner en ejercicio sus facultades más fuertes cuando se requiriera. Los maestros no deben detenerse aquí, sino prestar especial atención al cultivo de las facultades más débiles, a fin de que todas las facultades sean puestas en ejercicio, y llevadas adelante de un grado de fuerza a otro, para que la mente alcance las debidas proporciones.

Hay muchas familias de niños que parecen estar bien adiestrados, mientras están bajo la disciplina del adiestramiento. Pero cuando el sistema que los ha mantenido sujetos a reglas fijas se deshace, parecen incapaces de pensar, de actuar o de decidir por sí mismos. Estos niños han estado tanto tiempo bajo una regla de hierro, sin que se les permitiera pensar y actuar por sí mismos en aquellas cosas en que era muy propio que lo hicieran, que no tienen confianza en sí mismos para proceder según su propio juicio, teniendo una opinión propia. Y cuando salen de junto a sus padres, para actuar por sí mismos, son fácilmente conducidos por el juicio de otros en la dirección equivocada. No tienen estabilidad de carácter. Sus mentes no han sido debidamente desarrolladas y fortalecidas al ser confiadas a su propio juicio, tan pronto y en cuanto fuera practicable. Por tanto tiempo han estado sus mentes absolutamente controladas por sus padres, que dependen enteramente de ellos. Sus padres eran mente y juicio para sus hijos.

Por otra parte, no se debe dejar a los jóvenes que piensen y actúen independientemente del juicio de sus padres y maestros. Debe enseñarse a los niños a respetar el juicio experimentado, y a ser guiados por sus padres y maestros. Deben ser educados de tal manera que sus mentes se unan con las mentes de sus padres y maestros, y ser instruidos de modo que puedan ver lo apropiado de atender su consejo. Y cuando salgan de la mano guiadora de sus padres y maestros, sus caracteres no serán como la caña que tiembla al viento.

El adiestramiento severo de la juventud, sin dirigirla debidamente a pensar y actuar por sí misma, según lo

permitieran su propia capacidad y su índole mental, a fin de que por este medio pudiera tener crecimiento del pensamiento y de los sentimientos, del respeto propio y de la confianza en sus propias facultades para desempeñarse, producirá siempre una clase débil en poder mental y moral. Y cuando se presenten en el mundo para actuar por sí mismos, revelarán el hecho de que fueron adiestrados, como los animales, y no educados. Sus voluntades, en lugar de ser guiadas, fueron forzadas a la sujeción por la dura disciplina de padres y maestros.

Los padres y maestros que se jactan de tener el control completo de la mente y la voluntad de los niños bajo su cuidado cesarían sus jactancias, si pudieran trazar la vida futura de estos niños que así están en sujeción por la fuerza y por el temor. Estos están casi por completo sin preparación para afrontar las severas responsabilidades de la vida. Cuando estos jóvenes ya no están bajo sus padres y maestros, y se ven obligados a pensar y actuar por sí mismos, es casi seguro que tomen un rumbo equivocado, y cedan al poder de la tentación. No hacen de esta vida un éxito. Y las mismas deficiencias se ven en su vida religiosa. Si los instructores de la juventud tuvieran trazado delante de ellos el resultado futuro de su disciplina equivocada, cambiarían su plan de acción en la educación de los niños y de los jóvenes. Aquella clase de maestros que se complacen en tener casi el control completo de la voluntad de sus alumnos no son los maestros de más éxito, aunque la apariencia por el momento pueda ser lisonjera.

Dios nunca designó que una mente humana estuviera bajo el control completo de otra mente humana. Y aquellos que se esfuerzan por que la individualidad de sus alumnos quede sumergida en ellos mismos, y ser ellos mente, voluntad y conciencia para sus alumnos, asumen temibles responsabilidades. Estos alumnos pueden, en ciertas ocasiones, parecer soldados bien amaestrados. Pero cuando se quita la restricción, se verá en ellos una falta de acción independiente nacida de un principio firme. Pero aquellos que se proponen educar a sus alumnos de modo que vean y sientan que el poder reside en ellos mismos para hacerse hombres y mujeres de principio firme, capacitados para cualquier posición en la vida, son los maestros más útiles y de éxito más permanente. Su obra puede no lucir de la mejor manera ante observadores descuidados, y sus labores pueden no ser valoradas tan altamente como las del maestro que sujeta la voluntad y la mente de sus alumnos por autoridad absoluta; pero las vidas futuras de los alumnos mostrarán los frutos del mejor plan de educación.

Hay peligro de que tanto los padres como los maestros manden y dicten demasiado, mientras no llegan

suficientemente a una relación social con sus hijos, o con sus alumnos. Con frecuencia se mantienen demasiado reservados, y ejercen su autoridad de una manera fría y falta de simpatía, que no puede ganar los corazones de sus hijos y alumnos. Si acercaran a los niños a sí, y mostraran que los aman, y manifestaran interés en todos sus esfuerzos, e incluso en sus juegos, y a veces fueran aun un niño entre los niños, harían a los niños muy felices, ganarían su amor, y conquistarían su confianza. Y los niños respetarían y amarían más pronto la autoridad de sus padres y maestros.

Los principios y hábitos del maestro deben considerarse de mayor importancia que aun sus cualificaciones literarias. Si el maestro es un cristiano sincero, sentirá la necesidad de tener un interés igual en la educación física, mental, moral y espiritual de sus alumnos. A fin de ejercer la influencia correcta, debe tener perfecto dominio de sí mismo, y su propio corazón debe estar ricamente imbuido de amor por sus alumnos, lo cual se verá en sus miradas, palabras y actos. Debe tener firmeza de carácter; entonces podrá moldear las mentes de sus alumnos, lo mismo que instruirlos en las ciencias. La educación temprana de la juventud forma generalmente su carácter para la vida. Los que tratan con los jóvenes deben ser muy cuidadosos en hacer surgir las cualidades de la mente, a fin de que sepan mejor cómo dirigir sus facultades, y que estas sean ejercitadas con el mayor provecho.

El sistema de educación de generaciones atrás ha sido destructor de la salud e incluso de la vida misma. Cinco horas cada día han pasado muchos niños pequeños en aulas no debidamente ventiladas, ni suficientemente grandes para el saludable acomodo de los alumnos. El aire de tales salas pronto se vuelve veneno para los pulmones que lo inhalan. Los niños pequeños, cuyos miembros y músculos no son fuertes, y cuyos cerebros están sin desarrollar, han sido mantenidos encerrados bajo techo para su daño. Muchos tienen de antemano solo un leve asidero en la vida. El encierro en la escuela de día en día los pone nerviosos y enfermos. Sus cuerpos quedan atrofiados a causa de la condición agotada del sistema nervioso. Y si la lámpara de la vida se apaga, los padres y los maestros no consideran que hayan tenido alguna influencia directa en extinguir la chispa vital. Cuando están junto a las tumbas de sus hijos, los padres afligidos miran su pérdida como una dispensación especial de la Providencia. Por una ignorancia inexcusable, su propio proceder había destruido la vida de sus hijos. Entonces, atribuir su muerte a la Providencia es blasfemia. Dios quería que los pequeñuelos vivieran y fueran disciplinados, a fin de que tuvieran caracteres hermosos, para glorificarlo en este mundo, y alabarlo en el mundo mejor. A fin de conformarse a la moda y

a la costumbre, muchos padres han sacrificado la salud y la vida de sus hijos.

Los padres y los maestros, al tomar las responsabilidades de adiestrar a estos niños, no sienten su responsabilidad delante de Dios de familiarizarse con el organismo físico, a fin de que puedan tratar los cuerpos de los niños y alumnos de manera que se preserve la vida y la salud. Miles de niños mueren a causa de la ignorancia de padres y maestros. Hay madres que pasarán horas en trabajo innecesario sobre su propio vestido y el de sus hijos, para prepararlos para la ostentación, las cuales alegan que no pueden hallar tiempo para informarse, y obtener la información necesaria para cuidar de la salud de sus hijos. Piensan que es menos molestia confiar sus cuerpos a los médicos.

Familiarizarse con el maravilloso organismo, el estómago, el hígado, los intestinos, el corazón, los huesos, los músculos y los poros de la piel, y comprender la dependencia de un órgano respecto de otro, para la acción saludable de todos, es un estudio en el que la mayoría de las madres no tienen interés. De la influencia del cuerpo sobre la mente, y de la mente sobre el cuerpo, ella no sabe nada. La mente, que alia lo finito con lo infinito, no parece comprenderla. Cada órgano del cuerpo fue hecho para ser siervo de la mente. La mente es la capital del cuerpo. Se permite a los niños carnes, especias, mantequilla, queso, carne de cerdo, pastelería rica y condimentos en general. Se les permite comer irregularmente, y comer entre las comidas, alimentos malsanos, los cuales hacen su obra de trastornar el estómago, y excitar los nervios a una acción antinatural, y debilitan el intelecto. Los padres no se dan cuenta de que están sembrando las semillas que producirán enfermedad y muerte.

Muchos niños han sido arruinados para toda la vida por apresurar el intelecto, y descuidar el fortalecer lo físico. Muchos han muerto en su niñez a causa del curso seguido por padres indiscretos, y por maestros de las escuelas, al forzar su joven intelecto, por la lisonja o el temor, cuando son demasiado pequeños para ver el interior de un aula. Sus mentes han sido recargadas con lecciones, cuando no debieran haber sido estimuladas, sino retenidas hasta que la constitución física estuviera lo bastante fuerte para soportar el esfuerzo mental. Los niños pequeños deben dejarse libres como corderos para correr al aire libre, para ser libres y felices, y se les debe permitir las oportunidades más favorables para echar el fundamento de constituciones sanas. Los padres deben ser sus únicos maestros, hasta que hayan llegado a los ocho o diez años de edad. Deben abrir delante de sus hijos el gran libro de la naturaleza de Dios tan pronto como sus mentes puedan comprenderlo.

La madre debe tener menos amor por lo artificial en su casa, y en la preparación de su vestido para la ostentación, y hallar tiempo para cultivar, en sí misma y en sus hijos, un amor por los hermosos capullos y las flores que se abren, y llamar la atención de sus hijos a sus diferentes colores y variedad de formas. Puede dar a conocer a sus hijos a Dios, que hizo todas las cosas hermosas que los atraen y los deleitan. Puede conducir sus mentes juveniles hacia su Creador, y despertar en sus jóvenes corazones un amor por su Padre celestial, que ha manifestado tan gran amor por ellos. Los padres pueden asociar a Dios con todas sus obras creadas. Entre las flores que se abren y el hermoso paisaje de la naturaleza al aire libre debiera estar la única aula para los niños de ocho a diez años de edad. Y los tesoros de la naturaleza debieran ser su único libro de texto. Estas lecciones, impresas en las mentes de los niños pequeños, entre las escenas agradables y atractivas de la naturaleza, no serán pronto olvidadas.



A fin de que los niños y los jóvenes tengan salud, alegría, viveza, y músculo y cerebro bien desarrollados, deben estar mucho al aire libre, y tener ocupación y recreación bien reguladas. Los niños y los jóvenes que son retenidos en la escuela y confinados a los libros, no pueden tener constituciones físicas sanas. El ejercicio del cerebro en el estudio, sin el correspondiente ejercicio físico, tiene la tendencia de atraer la sangre al cerebro, y la circulación de la sangre por el sistema se desequilibra. El cerebro tiene demasiada sangre, y las extremidades demasiado poca. Debe haber reglas que regulen sus estudios a ciertas horas, y entonces una porción de su tiempo debe dedicarse al trabajo físico. Y si sus hábitos de comer, vestir y dormir estuvieran en armonía con la ley física, podrían obtener una educación sin sacrificar la salud física y mental. «E. G. W.»

NADA DE QUÉ GLORIARNOS

Por: F. F. Bastidas

Somos mendigos que hemos encontrado el Pan de Vida
Por el anciano Freddy F. Bastidas

7 de noviembre de 2026

«¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?»
— 1 Corintios 4:7

¿Alguna vez has pensado que tienes algo que Dios no te dio? Tal vez tu conocimiento de la Biblia, tu capacidad para predicar, tu obediencia, tu fuerza para vencer una tentación o tu habilidad para enseñar a otros.

Pero detente un momento. ¿De dónde vino todo eso?

Pablo nos presenta una pregunta que derriba cualquier motivo de orgullo: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» Si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si fuera tuyo?

Esta pregunta no solamente nos invita a ser humildes; nos lleva a comprender una verdad fundamental: Dios es la fuente de todo lo que tenemos, y por eso toda la gloria le pertenece a Él.

¿Qué podemos darle a Dios que no sea suyo? El salmista declara:

«De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan».
— Salmo 24:1

Consideremos esto: cuando damos una ofrenda, ¿estamos enriqueciendo a Dios? Cuando alabamos, ¿le estamos entregando una gloria que antes no poseía? Cuando nos consagramos, ¿estamos ofreciéndole algo que nunca le había pertenecido?

¡Aquí está la primera sorpresa! No podemos darle a Dios algo que no le pertenezca ya.

Pensemos en un hijo que recibe dinero de su padre y luego utiliza ese mismo dinero para comprarle un regalo. El padre se alegra, no porque el hijo haya creado riqueza de la nada, sino porque reconoce el amor que hay en el gesto. De manera infinitamente más profunda, todo lo que tenemos procede de Dios.

David comprendió este principio cuando, después de recibir las ofrendas para la construcción del templo, declaró:

«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer de nuestra voluntad cosas semejantes? Porque todo es tuyo, y lo recibido de tu mano te damos».
— 1 Crónicas 29:14

¡Qué confesión! David no dijo: «Señor, mira cuánto te hemos dado». Dijo: «Lo recibido de tu mano te damos». La ofrenda no era una razón para exaltarse; era una oportunidad para reconocer la generosidad de Dios.

Y ahora pensemos: ¿podemos decir que somos mejores que otros porque hemos entregado más, aprendido más o trabajado más en la obra del Señor? Si todo procede de Dios, ¿dónde queda nuestra jactancia?

Cuando el orgullo religioso pierde su fundamento
Pablo escribió:

«No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos; sino que nuestra suficiencia es de Dios».
— 2 Corintios 3:5

Esta declaración es especialmente importante para quienes enseñamos la Biblia. Podemos estudiar durante años, conocer las profecías y comprender doctrinas que otros todavía no han descubierto.

Pero ¿quién nos dio la inteligencia? ¿Quién nos permitió conocer su Palabra? ¿Quién nos concedió la oportunidad de escuchar la verdad? ¿Quién nos sostiene mientras la predicamos? La respuesta es siempre la misma: Dios.

Imaginemos a un hombre que recibe una lámpara de otro. Después, cuando logra iluminar una habitación, comienza a presumir de su propia luz. ¿No sería absurdo? La luz no se originó en él; simplemente recibió aquello que debía compartir.

Por eso Pablo declara:

«Para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros».
— 2 Corintios 4:7

El evangelio es un tesoro, pero nosotros somos vasos de barro. ¡Qué imagen tan precisa! Dios coloca un tesoro celestial en instrumentos frágiles, para que nadie confunda al instrumento con la fuente del poder.

Y aquí surge una pregunta que debemos hacernos sinceramente: ¿estamos utilizando los dones que Dios nos dio para glorificarlo, o estamos buscando que los demás nos admiren por ellos?

El fariseo y el publicano: dos hombres, dos fundamentos
Jesús presentó una ilustración que debería estremecer a todo aquel que se considera espiritualmente superior. Leamos Lucas 18:9-14.

Un fariseo entró al templo y comenzó a orar. Daba gracias a Dios, pero su oración estaba llena de comparaciones: «No soy como los otros hombres». Enumeraba sus buenas obras: ayunaba, diezmaba y se consideraba superior al publicano.

El publicano, en cambio, ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo. Solamente decía:

«Dios, sé propicio a mí, pecador».
— Lucas 18:13

¿Quién salió justificado? Jesús responde que el publicano.

¡Qué giro tan inesperado! El hombre que presumía de sus obras no fue justificado; el hombre que reconocía su necesidad de misericordia fue recibido por Dios. ¿Por qué? Porque el fariseo estaba utilizando su religión para gloriarse en sí mismo, mientras

que el publicano estaba dependiendo de la misericordia divina.

Aquí debemos comprender algo: no se trata de afirmar que la obediencia no importa, sino de reconocer que la obediencia nunca debe convertirse en una plataforma para exaltarnos. El problema no era que el fariseo ayunara o diezmara; el problema era que se gloriaba en ello.

¿Podemos caer nosotros en el mismo peligro? ¿Podemos guardar los mandamientos y, al mismo tiempo, mirar con desprecio a quienes todavía necesitan aprender? ¡Cuidado! Cuanto más conocemos la justicia de Cristo, menos debemos presumir de nuestra propia justicia.

El mendigo que encontró pan
Pensemos ahora en una ilustración sencilla.

Un mendigo ha pasado varios días sin comer. Finalmente, alguien le ofrece pan; él lo recibe y comienza a alimentarse. Después encuentra a otro hombre que también está hambriento.

¿Qué le dirá? ¿«Mira cuánto pan tengo; soy superior a ti»? ¿O le dirá: «Yo también estaba hambriento. Encontré un lugar donde hay pan. Ven, te mostraré dónde»?

La segunda actitud representa mucho mejor el espíritu del evangelio. No somos hombres que poseemos justicia propia y que llevamos justicia a los injustos. Somos pecadores que hemos encontrado en Cristo lo que nosotros mismos no podíamos producir.

Jesús declaró:

«Yo soy el pan de vida: el que a mí viene, nunca tendrá hambre».
— Juan 6:35

Y Pablo escribió:

«Por gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe».
— Efesios 2:8-9

La salvación es un regalo. Pero observemos el versículo siguiente:

«Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras».
— Efesios 2:10

¡Aquí está el equilibrio! No somos salvados por nuestras obras, pero somos creados en Cristo para buenas obras. No somos la fuente de la justicia; somos sus beneficiarios. No somos los dueños del pan; somos los que hemos recibido alimento. Por eso nuestra misión no es presumir de nuestra condición espiritual, sino señalar a Cristo.

Dios acepta nuestra débil alabanza
Llegamos ahora al pensamiento más sorprendente de esta reflexión.

Aunque no tenemos nada digno que ofrecer al Señor como algo independiente de Él, Dios ha dispuesto que nuestra débil alabanza realmente lo glorifique. Y no solamente la acepta: ¡nos concede el reconocimiento de haberle prestado un servicio!

Pensemos en ello. El Dios que posee todas las cosas acepta nuestras pequeñas ofrendas. El Dios cuya gloria es infinita recibe nuestra

alabanza imperfecta. El Dios que nos creó y nos redimió permite que tengamos el privilegio de servirle. ¿No es esto gracia?

El Señor no necesita que nosotros lo hagamos grande; Él ya es grande. No necesita que nosotros le añadamos gloria; su gloria es infinita. Pero, en su bondad, nos permite participar en su obra.

Por eso el salmista declara:

«Dad a Jehová la gloria debida a su nombre».
— Salmo 96:8

No se trata de fabricar gloria para Dios, sino de reconocer la gloria que ya le pertenece. Y cuando predicamos, cuando enseñamos, cuando damos, cuando obedecemos y cuando ayudamos a nuestro prójimo, nuestra actitud debería ser: «Señor, todo procede de ti. Permite que lo que he recibido sea utilizado para tu gloria».



¿De quién será la gloria?
Pablo escribió:

«Mas el que se gloría, gloríese en el Señor».
— 1 Corintios 1:31

Y Jeremías declara:

«Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme».
— Jeremías 9:24

Querido hermano, querida hermana:

Si conoces la verdad, glorifica a Dios.
Si puedes obedecer, glorifica a Dios.
Si tienes la capacidad de predicar, glorifica a Dios.
Si has vencido una tentación, glorifica a Dios.
Si tienes recursos para ayudar a otros, glorifica a Dios.
Porque nada de eso se originó en ti.

Y si encuentras a alguien que todavía está hambriento espiritualmente, no lo mires desde arriba. Recuerda que tú también necesitabas pan. No le digas: «Mira cuán justo soy». Dile: «Yo también era pecador. Encontré misericordia en Cristo. Ven, te mostraré dónde hay Pan de Vida».

La verdadera grandeza del cristiano no consiste en tener motivos para presumir, sino en reconocer cuánto depende de su Salvador. Que nuestra vida sea una confesión constante:

«No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria».
— Salmo 115:1

Amén. F.F.B.

¡NUEVO LIBRO!





LA HONRA DEBIDA A DIOS

Reflexiones sobre los diezmos y las ofrendas

Ellet J. Waggoner (1889) · Traducción de John Garcia

ESTA EDICIÓN INCLUYE:

- Traducción nueva y completa del texto de 1889
- Textos bíblicos de la Reina-Valera 1909
- Notas del traductor sobre la King James
- Notas y referencias bíblicas revisadas

YA EN AMAZON

Escanea el código y consíguelo

AntorchaProfetica.site